



LA ÚLTIMA Canción

Gabriela Cintron, Class of 2022

Entré de puntillas en la habitación con mi ukelele en la mano. Su cuerpo frágil yacía contra las grandes mantas que cubrían su cama. No quería molestarla mientras dormía, pero giró la cabeza para mirarme, sus ojos brillantes estaban despiertos y alertas. Abrí la ventana y dejé que el sol de la primavera brillara en su habitación oscura. La luz iluminó su rostro y sus abundantes arrugas profundas. Su cabello gris resplandecía y me senté y comencé a rasguear mi instrumento. La música llenó la habitación y ella recostó su cabeza en la cama. En ese momento nos conectamos. Ella no habló, pero la música es un lenguaje universal y a través de ella pudimos conversar.

No sabía mucho de la Señora Neal, solo algunos detalles de sus documentos. No tenía parientes cercanos y sufría de demencia y de problemas renales. A pesar de la situación, ella era una luchadora. Es por eso que del asilo de ancianos en que vivía me llamaron. Ella siempre peleaba con las enfermeras y con el personal de la institución. Para ser una mujer frágil, tenía una fuerza inesperada y se resistía cada vez que intentaban bañarla o alimentarla. A las enfermeras que la cuidaban se les ocurrió que si yo tocaba un poquito de música podría calmarla. En ese momento, yo era estudiante y estaba completando un proyecto sobre el efecto de la música en pacientes con Alzheimer. Así que vine a su habitación para ver si mi música podría ayudar.

El primer día entré justo cuando las enfermeras se estaban preparando para bañarla. Me senté en la esquina y comencé a tocar una melodía simple. La Sra. Neal giró para mirarme y aflojó su agarre de la muñeca de la enfermera. Comencé a cantar un viejo himno y su rostro se iluminó al reconocer la melodía. Las enfermeras pudieron bañarla y ella se mantuvo tranquila mientras la música sonaba. Las enfermeras me dieron las gracias y comenzaron a incluirme en su horario dos veces por semana para tocar música. Su himno favorito se llamaba “En el Monte Calvario” y ella canturreaba mientras yo tocaba y cantaba.

Mis visitas se convirtieron en un tiempo simple, musical y tranquilo reservado para nosotras dos. Me sentaba a su lado y le contaba sobre mis problemas universitarios y ella me escuchaba. Todavía podía decir algunas palabras y retener su fuerte personalidad, dándome la bienvenida con fuertes abrazos y resoplando cuando intentaba convencerla de que se comiera la comida que no quería. Estas visitas se convirtieron en el punto

culminante de mi semana, pero a medida que pasaban los meses, su enfermedad comenzó a pasar factura. Sus abrazos se debilitaron y luego dejó de sentarse. Su canto se detuvo y finalmente, ya no reaccionó a mi presencia. Me sentaba en silencio a su lado durante mis visitas.


Pero una tarde, entré y la encontré despierta. La recuerdo mirándome como si me reconociera. Canté algunos clásicos que ella sabía y comenzó a tararear como solía hacerlo en el pasado. Así que comencé a cantar su canto favorito, “En el Monte Calvario”. Terminé el primer verso cuando, de repente, ella se incorporó en su cama y agarró mi mano. Entonces ella comenzó a cantar el coro. Dejé de tocar mi ukelele y me quedé impresionada cuando su voz envolvió la habitación; fue una vibración conmovedora que resonó en cada esquina. Las lágrimas llenaron mis ojos mientras continuaba la canción:

¡Oh! yo siempre amaré esa cruz,
en sus triunfos mi gloria será;
Y algún día en vez de una cruz,
mi corona Jesús me dará.

Su rostro brillaba mientras cantaba y de repente la vi como lo que realmente era, una luchadora. Solo más tarde me enteré de los detalles de su vida. Como luchó contra la segregación racial siendo mujer afroamericana y como luchó por educarse, al ser la primera en su familia en ir a la universidad. Ella fue pilar de su iglesia y en ese tiempo fue la solista principal en el coro. Todos estos detalles me los confió su bisnieta cuando vino a recoger los recuerdos de su abuela unas semanas después de su fallecimiento. Sin embargo, su canción anunciaba todo lo que necesitaba saber sobre el tipo de mujer que fue.

Cantó la última estrofa con todo lo que tenía; sus ojos se encendieron como si estuviera estado cantando para su congregación una vez más. Luego se calló, se recostó en la cama y se durmió rápidamente. Salí ese día con un mejor conocimiento de la Sra. Neal. Entonces entendí. Después de todo este tiempo, ¿cómo no supe de la música que estaba dentro de ella? Había tanto que no sabía de ella; la vida que había vivido y las historias que por su enfermedad nunca pudo contarme. La Sra. Neal no era solo una paciente en la esquina de un centro de vida asistida. No era solo una anciana que vivía con enfermedad renal y con Alzheimer. Ella era música, líder, activista, y una luchadora.

El director del centro de cuidados paliativos una vez me dijo que antes de morir los pacientes podían tener un estallido de energía,

A rooftop pool in Havana, Cuba, with the Capitol building in the background. The pool is in the foreground, and the Capitol building is in the middle ground. The sky is blue with some clouds. The text is overlaid on the image.

un momento de lucidez. El director creía que esa energía era dada para que la persona tuviera la fuerza para despedirse. Me pregunto si ese fue su adiós para mí, un agradecimiento por la amistad que habíamos desarrollado ese año. Aunque nuestro tiempo juntas no involucró mucho hablar, aprendí muchas lecciones: aprendí sobre la fuerza oculta que puede estar dentro de un alma humana, aprendí a nunca juzgar a una persona sin permitir que me cuente su historia, y aprendí sobre el poder de la música; su capacidad para unir a las personas y su poder como una de las últimas fortalezas en una mente perdida por el Alzheimer. Estoy agradecida por mi tiempo con la Sra. Neal y por la oportunidad de escuchar lo que podría haber sido su última canción.

– Translated –

I tiptoed into the room with my ukulele in hand. Her frail body lay against the big blankets covering her bed. I didn't want to disturb her while she slept, but she turned her head to look at me, her bright eyes awake and alert. I opened her window and let the sun shine into her dark room. The rays illuminated her face and the many deep wrinkles. Her grey hair sparkled in the light and I sat down and began to strum. The music filled the room as she laid her head back. In these moments, we connected. She didn't speak, but music is a universal language and through it we could converse.

I didn't know much about Mrs. Neal except a few details in her documents. She had no close living relatives, and she suffered from Alzheimer's and renal disease. Despite the situation, she was a fighter. That's why the assisted living facility had called me in. She constantly put up a fight with the nurses and staff. For a frail woman, she had surprising strength and grabbed their hands every time they tried to bathe or feed her. The nurses who cared for her thought if I played some music it might calm her. At the

A NIGHT IN HAVANA
Anmol Patel, Class of 2021

La Ultima Canción continued

time, I was a student completing a service learning project on the effect of music on patients with Alzheimer's. So I came to her room to see if music could help.

The first day I walked in just as the nurses were getting ready for her bath. I sat down in the corner and began to strum a simple tune. She turned to look at me and loosened her grip on the nurse's wrist. I began to sing an old hymn and her face lit up as she recognized the tune. The nurses were able to clean her and she stayed calm through it all. The nurses began to include me in her schedule twice a week to play music. Her favorite was "Old Rugged Cross" and she would hum along as I sang.

My visits became a simple, musical, and peaceful time reserved for both of us. I would sit beside her and tell her about my college struggles and she would listen. She could still say a few words and retained her strong personality—welcoming me with open arms and strong hugs and huffing at

me when I would try to convince her to eat the food she didn't want. These visits became the highlight of my week, but as the months passed, her disease began to take its toll. Her hugs grew weaker and then she stopped sitting up. Her humming stopped and eventually she no longer reacted to my presence. I would sit silently by her side during my visits.

But one afternoon, I walked in and found her awake. I remember her looking at me as if she recognized me. I sang a few classics she knew and she began to hum like she used to in the past. So I started to sing her favorite, "Old Rugged Cross." I finished the first verse when suddenly she pushed herself upright onto her bed and grabbed hold of my hand. Then she began to sing the chorus. I stopped playing and became awestruck as her voice enveloped the room, a soulful vibrato that reverberated into every corner. Tears filled my eyes as she continued the song:

"And I'll cherish the old rugged cross
Till my trophies at last I lay down
And I will cling to the old rugged cross
And exchange it some day for a crown"

CHASING KANYAKUMARI
INDIA 2009
Marcus Lackey, Class of 2023



Her face glowed as she sang out and I suddenly saw her for who she truly was, a fighter. Only later would I learn of her life details: her struggle through segregation as an African American woman, her fight for education as the first in her family to go to college, the pillar she was within her church throughout her life, and her time as the lead soloist in her choir. All these details I would gather from her great-niece when she came to pick up Mrs. Neal's keepsakes a few weeks later after she had passed away, but her song had foreshadowed everything I needed to know about the kind of woman she was.

She sang the last stanza with everything she had, her eyes alight, as if she was performing for her congregation once again. Then she grew quiet, laid back in bed, and quickly fell asleep. I left that day with a greater understanding for Mrs. Neal, and a realization. After all this time, how could I not know the music that was within her? There was so much I did not know, all the life she had lived, all the stories she never told. Mrs. Neal was not just a patient in the corner of an assisted living facility. She was not just an elderly lady living with renal disease and Alzheimer's. She was a musician, a leader, an activist, a fighter.

The hospice director at the facility once told me that before a chronically ill patient died they might have a burst of energy, a moment of lucidity. The director believed that it was energy given for the person to have the strength to say their goodbyes. I wonder if that was her goodbye to me, a thank you for the friendship we had developed that year. Although our time together didn't involve much talking, I learned many lessons. I learned of the hidden strength that can lie within a human soul. I learned to never judge a person without allowing their story to be told, and I learned about the power of music—its ability to join people together and its power as one of the last strongholds in a mind lost to Alzheimer's. I am thankful for my time with Mrs. Neal and the opportunity to hear what might have been her last song. ■

XIII

Yolany Martínez Hyde, PhD
Department of Behavioral Sciences and Social Medicine

Dentro de la CASA
llaves y objetos cobran vida. Los AFECTOS.
Yo afuera, en un reflejo del vidrio de la ventana.
Lágrimas de mi hija
robando un paso. Deteniendo el SiLeNcIo. Mis ojos
no se atreven a decirle la partida. Los suyos incansables me buscan.
Después de tantos rodeos a mí misma, vacío lo que me queda
en sus manos pequeñas. Las SELLO
con la estampa gastada de mis labios. Hoy no me he ido,
más bien, me he quedado para siempre.

Inside the HOUSE
keys and other objects come to life. AFFECTIONS.
I am outside, on the reflection of the window.
Tears of my daughter
stealing every step. Detaining SiLeNcE. My eyes
do not dare to tell her I am leaving. Her eyes tirelessly look for me.
After going around myself in circles, I empty all what is left
in her small hands. I SEAL them
with the worn stamp of my lips. I did not leave today,
rather, I stayed forever.

A poem from Este sol que respiro / The Sun I Breathe (2011)